

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7-50 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rongcomont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalemer Strasse, 46-49.—Para correspondencia al Administrador.

La salud pública

Ayer tarde se reunió la Junta de Sanidad, convocada por el señor Alcalde, para tratar asuntos de actualidad que directamente se rozan con la salud del vecindario. Hubo ligera discusión entre los señores graves que se reunieron. Se barajaron números que espresaban la cifra de morbilidad y mortalidad durante determinados meses del último quinquenio. Se habló del *hematosario* y del *bacillus coli-comuni*. Oímos claramente el zumbido del *anophéle* y hasta el chirrido que en el intestino produce con su *micro-trauma* el bacilo de la fiebre tifoidea. La discusión se deslizaba tranquila y serena, reinando en el amplio salón un ambiente saludable y optimista. Luego nos inquietó un poco una ligera disputa habida entre un Quijote y un Sancho, que casi nos hizo recordar levemente el amanecer de aquel día en que el ruido de los batanes alarmó al caballero andante é inundó de ambar las recias posaderas de su escudero...

La política

Madrid 3 9 m. Los conservadores después de los discursos de Canalejas parece que se batan en retirada y que ya no consideran un problema la votación del proyecto de supresión de los consumos. La votación definitiva se verificará mañana. Todos los comentarios son favorables á la votación, creyendo que ésta alcanzará una cifra extraordinaria. A última hora se decía que entre los elementos conservadores han cir-

culado órdenes expresando para que hoy á primera hora acudan al Senado á votar.

De Extranjis

¡A los toros! ¡A los toros! Gaona viene empujando, y empuja el de la azul blusa. Machaquito está prudente, y el Gallo no tiene plumas. Bienvenida se resiente de las valentías últimas. Manolete no se cueja, Cocheo no entra por uvas. La afición anda perdida, desorientada y confusa. Nos hace falta un Maestro que nos dé el sol y la luna. Pepe, deje la política, no te ensañes con las turcas, hazte cartel como espada, y en las arenas triunfa. Salva pronto á Cartagena: ¡de ella no te ocupes nunca! No mates ya más caciques, mata á los toros de punta. Tu mote será el *banquero*. ¿Qué dices? ¿Que no te gusta? Pues apódate "Chanchullo", ó "El chico de la Asaura". Cómete los toros *críos*, como te comes las uñas. Por lo fresco, haz competencia al *Minero* y al *¡¡¡Lechugall!*

¡Prof. ¡qué peste! Tiene el gran evacuatorio, que hay en la Puerta del Sol, distintos nombres, según el ingenio del autor. Los linceas republicanos le llaman el Panteón, y en estilo portugués, que es un estilo feroz, el de las *necesidades Palacio* (¡que *sans fuón!*) Los necios europeizantes, que aborrecen lo español, le dicen "Cámara de los Comunes." (Sin sifón.) Y la golfería andante, nocharniega y de misto lo entiende por el Casino. ¡Vaya un centro de reunión! Cartagena que padece del fátuo Pepe é amor, le llama *vaso de noche!* ¡Vaya una exageración!

(MADRIGAL) ¡Ojos pequeños, hundidos,

de viboras en acecho, no me miréis irritados! ¡miradme claros, serenos! ¡Ojos saltones, voraces, de cachorros prisioneros, no me mireis asustados! ¡miradme dulces y tiernos! ¡Ojos que me buscan tímidos, ojos que me siguen fieros, ojos que me llaman líbricos, o me miréis con desprecio! ¡Ojos garzos de mi niño, buriones y zalameros, llorad, que tenéis razón, llorad; que la tierra ha muerto! X. Y. Z.

Empréstito

Madrid 3 —9 m. Se ha firmado un decreto autorizando á la Junta de las Obras del puerto de Alicante, para la emisión de un empréstito de cinco millones de pesetas con el interés de un cinco por ciento, amortizable en treinta y siete años.

DE TODO

AUTORES PASADOS DE MODA — ESCENA IV — AUTORES MORDACES — Cuidado con las personas decentes. —¿Con las de Enrique Garpar? —Con las que forman el séquito de los grandes hombres. —Ah! Va tengo cuidado. Ellas han contribuido á formar el *nudo gordiano*, vulgo lío de las láminas. —Letra de Sellés... No señor, letra á la vista de un autor menos célebre y más económico. —¿No será alusión! —Ni ilusión! Es un piropo á las *esculturas de carne...* —¿Dónde está la obra del artista macho? —En el museo de *bicquisitas disecados*. —¿Y hacia donde cae ese osario? —Sobre el café del tranvía. —V. viene siempre á parar en el mismo sitio. —Sí: es lugar de parada fija, y no discrecional. —Es el hervidero popular. —Allí se cuecen las mentiras que han de tragar los iniciados, como si fueran verdades.

—Es el templo de la *Gloria*. Allí reside Apolí, esa *pasiónaria* en capullo, esa *mariposa* larvada... Allí están, rígidas y dispuestas á abandonar el arco, las flechas envenenadas de mi Pepe, las agudas saetas de mi Argote... —Bravo! Ni Leopoldo Cano, ni de Alcaraz, cuando no se corja... —Allí se atmacena la poesía española, sangrienta y espléndida. —No hable V. de vates, ni de batatas. Déjese de patrioterías y demás zandajas, y recíteme la oda al Banco que empieza con aquel reto inolvidable. —¡Joanquil! Yo te saludo y est tico ante mí me atrevo á hablarte... —No me llaves pepino, ni me digas con ímpetu de Martí: «Ay, del que vive en el mundo á alguna parte, y se encuentra á la envidia en el camino»... —Soberbio, piramidal... —Calumnia, chico, calumnia. —Hay *carriños que matan*... —Ya salió la mejor creación de Cerferino Palencia... —Y la única. Después, ni chicha, ni limoná. Oh diputados incluseros, que debutais para enmudecer. —Oye, oye, que estás faltando... —Inclusero quiere decir de la casa—cuna, ó en otros términos, del Ministerio de la Bola. —Cállate, *carterista*. —No le veo la *tos tida*. Yo no persigo valores cotizables, ni carteras perdidas... como el *loco dios*, de cuyo valor dudais. —Pobrecito ¿Cómo lo tratas! No le dejas ni á sol, ni á sombra. —Es él, el que no nos deja ni á tres tirones. Sufrá, pues, el castigo de su amor estupendo. Sea el *Esclavo de su culpa*. —¿Cavestany tenemos? —¿Te molesta el autor de *Nerón?* —No te agradan los tiranos en ripios fáciles y con estrambote? —Me revienta todo lo que huele á yugo... —No has nacido como otros para las apacibles faenas del campo. —¿Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido, ó Apolí, escóndete en un hueco flo fo fo, al lado de un *mancebo* de-abrido, y de una moza pública y garbada! —Anda, y cuánto sabes; ¿Te sale todo de la cabeza ó de las islas adyacentes? Quiero decir, si es todo tuyo. —A medias "Las ideas son *bola de nieve*" que las lanza no sabe el tamaño ó la grandeza que adquirirán.

Hermoso pensamiento! —No es mio: es del insigüe Tama yo, cuyo teatro representa la labor de un hombre bueno, de un sabio profundo, de un artista delicado. —Recuerdo lo *positivo*. —El bolsillo ageno, según tus clásicos. —U drama nuevo, la ficción que se confunde con la realidad. —Sí, la última farsa electoral. —*Locura de amor*, la ilusión piadosa de una Reina. —Glosario de los adeptos de tu exoligarca. —Joyas de la literatura patria. —Cállate, si—camaleón. En el teatro nacional, no cuajan las obras perniciosas, ni se inmortalizan los autores fracasados. —Adiós, lumbrera. —Adiós, enfermo de la fatal dolencia *Sin dínertis* crónica. A. B. C.

Junta de Sanidad

De la sesión que celebró esta Junta ayer tarde, en el salón de actos del Palacio Municipal, sacamos una impresión altamente consoladora, que nos apresuramos á comunicar á nuestros lectores. La alarma que reina respecto á la salud pública, y que se fundamenta en las actuales obras del alcantarillado, es completamente infundada. Ni por el número de enfermedades ocurridas en Mayo último, ni por el de defunciones acaecidas en igual mes, comparadas con las de años anteriores, se puede probar que haya habido aumento en este año y mucho menos, que las obras que se ejecutan hayan influenciado en la salud pública, originando determinadas enfermedades. El Sr. Ambros, Director del Hospital de Marina, razonó de manera magistral su docta opinión, contraria en absoluto á la creencia, erróneamente difundida, de que tales obras puedan ocasionar epidemias, si como establece el artículo 62 del contrato del Alcantarillado, el légamo que se saca de las zanjas abiertas es retirado prontamente y se evite que se seque en las calles y se convierta en polvo perjudicial para la salud. Adujo, para desvirtuar lo que de público se dice, que en el Hospital de su Dirección, hay pocos casos de fiebres tifoideas y palúdicas

y que los militares que padecen esas enfermedades, las han adquirido en la batería de Santa Lucía, y que deben ser ocasionadas por causas ajenas al alcantarillado y que conviene investigar. El Sr. Oliver, con la autoridad que le presta su valiosa reputación y el cargo que desempeña en el Hospital de Caridad, expuso eloquentemente su opinión en un todo conforme á la sustentada por el Sr. Ambros, é indicó la conveniencia, más para satisfacción de la opinión pública alarmada por los periodistas (pobres periodistas! que por ser necesarias, de que se cumplieren las condiciones del citado artículo 62 del contrato del alcantarillado, adicionándoles algunas prescripciones indicadas por la ponencia, que compuesta por los Sres. Cándido y Sancho del Río, había redactado un luminoso informe. A petición del Sr. Oliver, se dió lectura por el Sr. Cándido á las estadísticas de mortalidad en el mes de Mayo, resultando que en dicho mes y en los años 1907, 1908, 1909 y 1910, las defunciones habían sido respectivamente 264, 232, 220 y 262 y en el pasado mes sólo habían ascendido á 189. Además expuso el señor Oliver, que examinados los miles de recetas que se despachan en el Hospital de Caridad mensualmente, no se notaba aumento sensible en las enfermedades infecciosas de que se hablaba, así como, que en su clientela particular, no habiase notado nada que justificara los rumores alarmantes que circulan. El Alcalde interino, señor Más, abundó en iguales razones que los que anteriormente habían hablado y con palabra fácil y pruebas convincentes demostró que no había motivo para tomar determinaciones que no solo serían improcedentes, sino seguramente muy perjudiciales para la salud pública y para los intereses del pueblo de Cartagena. Manifiestó que se había dirigido á los Médicos titulares y á varios compañeros y que de las contestaciones recibidas se deducía que nada anormal existía referente al estado sanitario de la población y que sin perjuicio de que al menor sintoma alarmante, se adopten las precauciones que sean pertinentes bastaría por hoy, aceptar lo propuesto por el señor Oliver. A propuesta de nuestro distinguido amigo y *cast* contertulio Sr. Gogorza, la Junta acordó de conformidad con la proposición del Sr. Oliver y se

tenos solinos que berdean la csta y que al estar directa por sumideros. —¿Yo á algún lado iba aquel pantano... Si yo lográ á travesarlo, encontraría quizás un camino, un campo, alguna cabaña lacustre. En la pequeña escuela de Ashford nos había enseñado el profesor de Geografía á dirigirnos por la observación de las estrellas; pero ¡ay! ni una brilla á través de las nubes de plomo... y, además, ¿estaba yo capaz de poner en practica las lecciones de mi maestro?... Chapoteando aquí, destizándome allá en los sitios más fímeros, habia yo hecho como dos ó tres millas. De pronto se meció la sangre y mis miembros se pretificaron. ¿Aquello? ¿Aquellos arbustos que frente á mí se alzaban no los acababa de ver antes? ¡Si! No era una alucinación, un miraje; ¡yo reconocía aquel follaje escaso y raquítico! ¡Y sin embargo, nada me probaba tampoco que fueran otros parecidos! ¿Cómo saberlo? ¡Ah! ¡Mi estibón! en el que no había ocurrido pensar. Puesto en cuclillas hice saltar la chispa y pude ver con estupor al lado de mis huellas frescas mis huellas anteriores, borrándose poco á poco con la infiltración de agua. De modo que había dado una vuelta circular. ¿Desde cuándo? Tuve una verdadera crisis de desorientación, que aumentó aún mi fatiga. Un momento inclinado sobre la charca infecta sentí la

El Campamento de Napoleón 29

dedor... Pero sentía una fatiga inaudita; mis piernas se embolsaban, mi espíritu se perdía, vacilaba á los menores obstáculos. Al fin, hartado de dudas, franqué la distancia que me separaba de la cabaña, llegué hasta la ventana. La escena que abrazaba mi vista me serenó. Junto á una vasta chimenea, donde crepitaba un fuego de leña, estaba sentado un joven de extraordinaria belleza, á quien tuve tiempo de admirar mientras leía él un gran libro. Tenía la cara perfectamente ovalada, la tez mate, los cabellos negros atados sobre la nuca con una cinta de acá. Lo único que le afeaba un poco guero y caído sobre la barba; pero toda su fisonomía expresaba algo dulce y poético; que seducía infinitamente. Tránsito, habiéndome privado de todo afecto, esbozé un instante la alegría de una habitación bien caliente, una buena ceba y una larga conversación tranquila... De pronto, el joven dejó el libro y se adelantó á la ventana y la alcanzó sin darme tiempo á retirarme de ella. Al divisarme grito sus manos con un gesto de bienvenida y corrió á abrir la puerta. De pie en el dintel, su fina ilueta se recortaba netamente sobre el marco iluminado. —¡Ah! amigos míos —exclamó.— ¡Cuánto habéis tardado; ya no os esperaba! —Perdón, caballero —dijo yo, saltiendo de la sombra.

El Eco de Cartagena 28

Lleno de prisa por llegar; eché á correr. Anhelaba de veras salir de aquel tético barizal. «No me negarán hospitalidad —me decía, —pues tengo dinero.» Y con un movimiento convulsivo apreté la contra el pecho mi bolsa oculta en mi traje. «Si sí, todo lo que quieren por un poco de alimento y unos instantes de sueño en un jergón.» Sin embargo, al aproximarme, cada vez me parecía más imposible que habitaran seres humanos en aquel lugar siniestro donde no se escuchaba ni el ladrido de un perro. Habíase trocado el pantano en un estanque cuyas aguas letárgicas rodeaban una miserable cabaña destechada á trechos. En aquella cabaña estaba la luz bendita y ahora te veía yo filtrándose á través de una estrecha ventana. Encorvado, azotado por los bufidos del viento, me detuve á respirar cuando, súbito, la luz se eclipsó y una cabeza de hombre apareció en la ventana. No permaneció allí más que un instante; luego se eclipsó y volvió á aparecer. Este munejo, repetido varias veces, acabó por causarme una vaga aprensión. El aspecto de la choza era poco tranquilizador. Los movimientos circunspectos del hombre denunciaban el temor de una sorpresa ó de un ataque. «Si iré á meterme en un anjo?... ¡Ah! ¡no! mejor el pantano y la furia del huracán; al menos, al menos, estaba libre, al menos... tenía el espacio á mi alre-